

MÁS ALLÁ DEL VOTO

*El pájaro rompe el cascarón, el cascarón es un mundo,
el pájaro vuela hacia Dios, el dios se llama:
«con el permiso de Abraxas»
democracia.*

Herman Hesse.

Han declarado ya la veda electoral, el próximo domingo seis de junio del 2021, se realizarán las elecciones; si fuera una niña, mi emoción más grande sería esperar la llegada de los Reyes Magos, pero como hace tiempo que dejé de serlo, espero ahora con la misma ilusión acudir a votar el próximo domingo. A pesar de la prohibición, se cuelan por ahí, principalmente en las redes, algunas declaraciones a favor de tal o cual partido, los que lo hacen creerán que aún hay indecisos que no saben por quién votar.

Y si antaño, durante la noche estrellada del cinco de enero, no dormía imaginando que bajarían del cielo tres magos que llenarían mi sala con juguetes olorosos a plástico y a felicidad desbordada, hoy la emoción que me embarga también me roba el sueño, tan solo de pensar que las próximas votaciones serán la prueba de que mi México habrá renovado la conciencia de que, con el simple hecho de acudir a las urnas, volverá ser escuchado y podrá ser un actor importante en la construcción de un México más equitativo y más justo.

Me veo un fin de semana, unos días antes del confinamiento por el virus del sars cov 2, en una casa de campo en el estado de Morelos, en una reunión de amigos hablando con entusiasmo de este gobierno transformador; caía la tarde y el ambiente refrescaba, cuando de pronto, ante nuestros ojos bien abiertos, saltó una voz desacreditando con odio al actual gobierno. Ingenuamente uno y otro de los ahí presentes quisimos hacerle comprender a nuestro amigo que estábamos viviendo un movimiento para que la equidad social y económica llegara hasta el rincón más apartado de nuestro país, pero solo desatamos el caos.

Nuestro amigo comenzó a vociferar que nos habíamos deschavetado; culpaba con animadversión al gobierno del hundimiento de este país, al escuchar su rabia comprendimos que no le preocupaba el futuro de nuestro México, le preocupaba únicamente su futuro. Pude ver en sus ojos la semilla de odio que había visto germinar en otros corazones, cuya vida estable apenas si se había visto tocada por este movimiento transformador. Aquella noche perdimos a nuestro amigo de toda la vida.

Tiempo después, en el núcleo del confinamiento, me enfrenté a la avalancha diaria de *fake news* que aparecían en mis redes sociales; sabía que muchas de esas ideas eran producto de las declaraciones de intelectuales reconocidos en un intento desesperado por redireccionar el rumbo del país, y podía ver como esos pensamientos se ramificaban en las mentes de algunos otros y llenaban de odio sus corazones. Una vaga percepción me decía que aquel rencor no era más que un añejo sentimiento no gestionado en su momento y que el actual gobierno no tenía culpa alguna de ese odio.

Era clara la polarización en la sociedad que vivía una clara división. Pegados a las redes, algunas veces defendíamos posiciones y otras las atacábamos; otros días contraatacábamos ideas y otras callábamos. Amigos, vecinos, compañeros de trabajo y hasta familiares vivíamos ahora enfrentados en una guerra abstracta por tener posiciones y opiniones diferentes. Si todos buscáramos lo mismo: el bien común, no habría necesidad de enfrentamientos entre hermanos: qué estériles, qué absurdas que son estas batallas entre mexicanos.

Un día antes de las votaciones la inquietud se percibía en todo el país, varios hechos de violencia habían enmarcado el proceso electoral y la efervescencia brotaba en varios escenarios. Se esperaban unas reñidas y difíciles elecciones y la expectación crecía. Nadie deseaba en su interior que se presentaran escenarios de violencia ni fraudes diseñados, conocer los resultados era la emoción que nos invadía. Solo era cuestión de horas.

El día amaneció soleado, nos encontrábamos en el semáforo verde de la pandemia y nos sentíamos libres para salir a las urnas, a pesar de que los heridos

y las muertes por las bombas del bicho continuaban. Muy temprano, mi esposo, mi hijo de veinte años y yo, salimos de casa y viajamos casi quince kilómetros en el metro, hacía unos meses antes nos habíamos mudado a un departamento más pequeño y alejado del centro de la ciudad y no pudimos renovar a tiempo nuestra credencial. La distancia no nos importó: queríamos levantar nuestra voz a través del voto.

Nos dirigimos al inmueble donde se encuentra el monumento a las costureras caídas en el terremoto del 85, en San Antonio Abad; entramos casi al instante, nos rociaron de arriba abajo algún desinfectante y nos pusieron gel en las manos; cinco o seis ciudadanos observadores estaban muy atentos sentados a un lado de la mesa del comité electoral donde nos registraron para entregarnos las boletas que depositaríamos después en las urnas, todo fue rápido y preciso; al salir ya había una fila larga a la entrada de la casilla. Un joven me solicitó con timidez le respondiera una breve encuesta y después de hacerlo me sentí importante. En el largo camino de regreso a casa de la colonia Obrera a Coyoacán, como diría una vieja canción tropical, pude ver como las largas filas se multiplicaban por doquier, lo que me producía enorme gusto.

La expectativa por conocer los resultados se prolongó toda la tarde, me salté las redes y recurrí a la televisión para encontrar cómo se desarrollaba el proceso electoral en los estados donde se estaban jugando las gubernaturas. Con el atardecer, se presentó el primer escenario que me pareció tragicómico: todos los dirigentes iniciaron una inútil y breve batalla al declararse ganadores rotundos, después de la risa me dio coraje su acción. Pero creo que nadie de la población se dejó sorprender por esta vieja práctica del albazo mediático, pues al mismo tiempo, en paralelo, algunos resultados fueron tan apabullantes que era imposible negar lo contrario. Sin embargo, había que esperar las declaraciones del instituto árbitro de las elecciones, cuya imagen se iba fortaleciendo ante mis ojos y millones de ojos más, al ver la maestría con la que los resultados brotaban. En punto de las once de la noche, la expectación era punzante, yo recordé otras noches similares y sentí temor, pero la declaración del juez electoral nos trajo

tranquilidad y paz. Las horas siguientes comenzamos a ver, como si fuese la lenta revelación de una imagen fotográfica, como se iban develando, junto a los resultados, nuevos escenarios hasta entonces ignotos.

Para empezar, al día siguiente nos enteramos de que más de la mitad del padrón había participado en el ejercicio electoral, en elecciones intermedias esto era una victoria de la democracia. Aunque algunos triunfos habían sido contundentes en dos o tres gubernaturas, en otras entidades aún había indecisiones y todavía las cifras no podían dar una respuesta definitiva: los números cambiaban continuamente en su carrera hacia su contabilización final. Mientras esto sucedía y los resultados parecían diferentes a lo que se esperaba, yo no podía dejar de imaginar que un dios travieso había metido en un vaso mezclador de cócteles al Congreso, a las quince gubernaturas estatales y a las alcaldías de la ciudad de México, los había agitado con maestría y después los había desparramado sobre la barra, cuando salieron de ahí, ya el destino de tales entidades era otro.

Las gubernaturas y las alcaldías que habían sido de un partido político ahora eran de otro; los analistas hablaban de la definición de un congreso que pocos comprendíamos y no sabíamos quién había ganado o quién había perdido. Creo que con los resultados muchos nos sentimos satisfechos a medias y otros se sintieron insatisfechos a medias, yo me coloco entre los satisfechos a medias. La única verdad era que los resultados eran verdaderos, esto nadie nunca lo puso en duda. Como en un escenario teatral, la luz iluminó al árbitro electoral que salió invicto y fortalecido de este ejercicio electoral y junto a él también nosotros los ciudadanos. Sin embargo, en todos los partidos había heridos, lastimados y casi muertos... Ahora la pregunta era: cuál sería el rumbo que tendríamos que seguir los ciudadanos para exigirles a los políticos trabajar en la construcción de un México con una justicia social y económica que beneficie a todos por igual

Días después, las conversaciones y los análisis se multiplicaron en los medios, en las redes, en los cafés y en nuestras casas, el diagnóstico era revelador: el descuido de la clase media que, según los economistas, es impulsora de economías; el escaso trabajo de los políticos de izquierda, que no terminan de

convencer, y que uno va por ahí con el temor de que se conviertan en los futuros monstruos de una nueva corrupción; la falta de difusión del trabajo de intelectuales y artistas, cuyas ideas y arte apoyen la transformación de un país que convenza a todos por igual.

Y así llegó esta convocatoria a mis manos. ¿Qué cómo me gustaría que me gobernaran? Me gustaría que los políticos se educaran. Sí, que se educaran en historia y que vieran que nuestro México ha sufrido ya bastante y que merece ya no sufrir más; que se eduquen también en ética y que aprendan a buscar el bien común antes que el propio; me gustaría que la corrupción se pagara con cárcel. También me agradaría que los ciudadanos nos ocupáramos para exigir que se establezcan mecanismos de observación y rendición de cuentas del trabajo político. Y me encantaría que algunos intelectuales y la prensa fueran honestos y dejaran de intercambiar sus ideas por dinero.

Sería hermoso que los artistas y los mexicanos tuviesen vías como el arte para expresar todos estos sentires. Y ver, como si fuese la metamorfosis de una bella mariposa, como este país va dejando atrás las viejas formas que desde hace siglos han acarreado una gran injusticia y desigualdad entre su gente, y se encamina en la búsqueda de una justicia social y económica que beneficie e incluya a todos por igual.

Y Quiero concluir con una frase: los políticos y gobernantes deberán cuidar su trabajo de servidores públicos de la nación, ya que este pueblo sabe alzar la voz y si fallan, “sabremos calificarles en las urnas”,

FIN